Hoy, con los cambios y la disminucion de las aguas, seria difícil reconocer en el original la descripcion presentada; pero ésta, sin embargo, es la fiel copia del aspecto que presentaban los sitios referidos.

La sultana de la América, la grandiosa emperatriz de las ciudades del Anáhuac, la sorprendente ciudad de Méjico, fundada en la inmensa laguna en que hacia 177 años levantó sus primeras hojas de juncos y de cañas, se presentaba ahora ostentando su belleza y poderío. Una distancia respetable la separaba por todas partes de la tierra firme, y tres anchas calzadas de céspedes, piedra y tierra, hechas á mano, eran las únicas que le unian con aquella. La mas notable de esas espaciosas calzadas era la de Itztapalapa, que medía muy cerca de dos leguas; era la otra, la de Tacuba, de mas de una legua de largo; y la tercera, que contaba tres cuartos de legua, era la de Tepeaquilla.

Para hacer mas inexpugnable y fuerte la ciudad, tenian construidos en las tres calzadas varios puentes de trecho en trecho, por donde entraba y salia, de una parte á la otra, el agua de la laguna. Las calles eran anchas y rectas, la mitad de agua y la otra mitad de tierra, cubierta aquella de canoas y chalupas que cruzaban en todas direcciones cargadas de mercancías de toda especie, y llena, la otra, de transeuntes que marchaban á sus diversas ocupaciones. Cerca de veinte mil eran las casas que se contaban en la ciudad, separadas unas de las otras por medio del agua, y á las cuales no se podia pasar sino por medio de ligeros puentes levadizos que cada una tenia, ó dirigiéndose en canoa. Además de estos puentes particulares, habia otros anchos y firmes, de gruesas vigas bien

labradas, por donde podian pasar, de frente, veinte hombres y que se encontraban colocados de una calle á la otra. Los edificios de las personas de elevada posicion eran de piedra y cal; generalmente de dos pisos, con aposentos y salas bien dispuestos; con dos espaciosos patios; paredes blanqueadas y bruñidas; amplio terrado; torres, cercados de almenas, un gracioso jardin, estanques, y dos salidas, una hácia la calle, que era la principal, y la otra al canal. Sobresalian en belleza y capacidad, entre los espaciosos edificios de los nobles y de los ricos, los vastos palacios de los señores de las diversas provincias, que en señal de vasallaje tenian la obligacion de vivir una parte del año en la corte de los emperadores de Méjico. Todos estos palacios ostentaban espaciosos salones, grandes y ventilados patios; anchos corredores, lujosos baños y delicados vergeles de las mas exquisitas flores (1).

Los mejicanos sabian construir bóvedas y arcos.

Algunas de las piezas de estos edificios eran de bóveda, en que estaban pintados ídolos y astros, de colorido altamente pronunciado (2). Las casas de la gente de mediana posicion, eran de adobe y pequeñas, sin altos, blanqueadas y con azotea. Las de los pobres, que vivian en los suburbios de la ciudad, de cañas

(1) Hernan Cortés. Carta segunda al emperador Cárlos V.

(2) Sufren una equivocacion los historiadores Torquemada y Beaumont al creer que los mejicanos ignoraban la manera de hacer las bóvedas, asegurando ambos que los indios no se atrevian á entrar en la primera iglesia católica que hicieron los españoles, al quitar las cimbras, temiendo que la bóveda viniese á tierra, cogiéndoles debajo. Acaso el temor provendria de que los españoles quitaban las cimbras antes de lo que los mejicanos acostumbraban; pero de ninguna manera de falta de conocimiento en esa parte de la arquitectura. Que conocian la bóveda y que las construian, se ve por sus pinturas; por sus baños y por los palacios de Nezahualcoyotl, en que habia bóvedas y arcos.

y de ladrillos crudos, con débiles techos de grueso y largo heno ó de hojas de maguey, puestas unas sobre otras, en la misma forma en que se colocan las tejas, á las cuales se parecen algo en la forma y en el grueso.

Ningun edificio tenia puertas de madera, acaso porque la severidad con que las leyes castigaban el robo, las hacia innecesarias; pero para impedir que los transeuntes pudiesen ver lo que dentro pasaba, se cubrian las salidas con un tejido de cañas, colgando de él algunos tiestos de loza rota, á fin de que, si alguno entraba, pudiesen los de dentro despertar al ruido causado por los objetos colgados.

Esto daba un mal aspecto aun á los mejores edificios que, aunque ámplios, carecian de belleza arquitectónica.

El adorno interior de las casas era sencillo, y los muebles casi no merecian este nombre. Pero lo que no faltaba en ninguna de ellas era la piedra del metate para moler el maíz, pues las mujeres hacian las tortillas, poco antes de empezar la comida, á fin de que estuviesen calientes.

Los mejicanos no usaban mesa ni cubiertos.

Para comer no usaban de mesa, sino que extendian en el suelo una estera lujosa ó corriente, segun la posicion de los individuos, que hacia el servicio de aquella. Tenian servilletas, y se sentaban en unos banquitos muy bajos de madera, palma ó junco, llamados entonces *icpalli*, y que hoy se conocen con el nombre de *equipalis*. La gente pobre se sentaba generalmente en el suelo. Tampoco usaban cubiertos, pero tomaban perfectamente hasta los guisados de mas salsa, dando al pan de maíz, llamado tortilla, y que era una mas aflexible y sin migajon, la necesaria concavidad, sirviéndole á la vez de

cubierto y de pan, pues el pedazo con que cogían la tajada, formaba parte del mismo bocado que tomaban (1). Las camas se componian, en las casas ricas, de dos petates gruesos de junco, con otros dos finos de palma encima, delicadas sábanas de algodon y una colcha de la misma tela, tejida con plumas. La almohada la formaban dando los necesarios dobleces á una tela de algodon hecha exprofeso.

Camas de los mejicanos.

La cama de los pobres se reducia á un petate ordinario sin sábanas ni colcha, pues se cubrian con su *tilmatli* ó capa hecha con el tejido de la pita, y por almohada tenian un tronco de árbol ó una piedra.

No usaban velas ni candeleros.

Los candeleros, las velas de cera ó sebo, y aun los candiles eran desconocidos, pues aunque abundaba la cera que sacaban de los panales, no les ocurrió aplicarla al alumbrado. Lo mismo sucedia con el aceite que lo extraian de varias sustancias, y que solo lo

(1) El pan de maíz, ó *tortilla*, en nada se parecia al pan de Europa. En una grande olla, llena de agua con cal, ponian el maíz á medio cocerlo á fuego lento. En cuanto estaba blando, lo sacaban y lo ponian á enfriar en una batea. Así frio y blando el maíz lo molian sobre una piedra llamada *metatl*, hoy *metate*, como nuestros chocolateros muelen en varias partes el cacao, con la diferencia de que el metate no levanta una tercia del suelo, por lo cual, las *tortilleras* ó las que hacen el pan de maíz, están de rodillas para moler, á fin de poder hacer fuerza con los hombros. Formada la masa cogen un pedazo de ella y golpeándola en las palmas de ambas manos la van extendiendo y rodeando en forma de hojuela: extendida y delgada la masa, la ponen á cocer en el *comalli*, plato poroso de barro, y cuando se levanta el pellejo de la tortilla por una de las caras, se van colocando las tortillas unas sobre otras en una canastita, segun se van haciendo, á fin de mantenerlas calientes, pues todo lo que tienen de agradables de esta manera, tienen de desabridas cuando están frias.

empleaban en la medicina, en los barnices y en la pintura. Los *cocuyos* ó luciérnagas luminosas, eran los que de noche servian de luz en los paises marítimos ó próximos á la costa, pero el alumbrado que generalmente se acostumbraba en todas las casas, era el de rajas de ocote, que produce buena y suficiente luz y exhala agradable olor; pero que en cambio produce espeso y desagradable humo que molestaba y ennegrecia las paredes.

Modo de sacar lumbre.

El sistema que tenian todas las naciones del Anáhuac, para sacar fuego, era el de la violenta frotacion de dos leños secos, como hacian en lo antiguo los pastores de Europa.

Fruta que suplia el jabon.

Para el aseo y para lavar la ropa no usaban jabon, porque no lo conocian, aunque el pais abundaba en materias para fabricarlo, pero tenian en una raíz de un árbol y en una fruta llamada *camalxocotl,* una cosa que lo suplia perfectamente. Un autor francés llama á la expresada fruta *savonnier;* la pulpa que está debajo de la corteza, es amarga y viscosa, pone blanca el agua, y al frotarla en la ropa, saca espuma y limpia lo mismo que el jabon.

Espejos que los mejicanos usaban.

Los espejos en que se miraban, eran de obsidiana, especie de lava de que abundaba el

El diámetro de la tortilla es comunmente de siete dedos, y su grueso de poco mas de una línea. Se hacen tambien mas chiquitas y delgadas; pero éstas suelen ser para las casas particulares que las toman con algun plato favorito, y sobre todo con los *frijoles* ó habichuelas que allí se sirven de una manera especial al terminar la comida, antes de empezar los postres. En la época de los emperadores mejicanos, se hacian las tortillas, cuando eran para los grandes señores, muy pequeñas y delgadas, de maiz encarnado, y lo amasaban ya con huevo, ya con la bellísima flor coatzontecoxochitl, junto con algunas yerbas de grato olor y salutíferas para ayudar el calor del estómago.

pais, de aspecto semejante al del vidrio, y en que se reproducia perfectamente la persona. Los peruanos fabricaban de la misma piedra sus espejos, y por este motivo, á la obsidiana en láminas, se le da el nombre hoy de *espejo de los Incas.*

Los vasos los hacian de una fruta semejante, en la corteza, á la calabaza; fruta redonda y conocida en Méjico con el nombre de *guaje,* que se da en los países cálidos, en un árbol de corta elevacion. Cada pieza de fruta dividida por en medio, daba dos vasos grandes llamados *xicalli,* y conocidos por los españoles con el nombre de *jícaras.*

Además de estos vasos, habia otros mas pequeños, hechos tambien de otra fruta llamada *tecomatl* (tecomate) y de forma cilíndrica. Para convertir la fruta en útiles vasos, se le extraia, despues de dividirla por mitad, la parte jugosa que tenia dentro; y por medio de una tierra mineral, conseguian darle exteriormente un brillante barniz de agradable aroma, y vivos y firmísimos colores, entre los cuales domina el rojo. Aun se usan actualmente de esas brillantes *jícaras y tecomates,* cuya vista es altamente agradable, y en que abundan los adornos plateados y dorados.

Pero si no existia, por decirlo así, ajuar notable dentro de las casas y palacios, en cambio presentaban éstos grandes comodidades en sus espaciosos patios, sus jardines, sus vastos salones y sus estanques.

En las calles de Méjico, ni en la de ninguna poblacion, habia tiendas. Las plazas de mercado eran los sitios destinados á vender las diversas manufacturas y productos agrícolas. La gente se habilitaba en ellas de lo preciso, y lo guardaban en su casa.

Varias plazas de mercado, perfectamente provistas, se encontraban situadas en distintos puntos de la poblacion de Méjico, descollando entre ellas, la de Tlatelolco, rodeada por todas partes de ámplios portales, y donde la distribucion y el buen órden que reinaban en ella, llamó altamente la atencion de los conquistadores españoles.

En aquella plaza en que se reunian diariamente mas de sesenta mil personas, entre vendedores y compradores, las mercancías estaban distribuidas en sitios especiales, sin que en uno se mezclasen los efectos que se expendian en los otros. Habia departamentos donde se vendian gallinas, pavos, tórtolas, perdices, codornices, palomas, lavancos, patos, dorales, zarcetas, loros, guacamayos, águilas, y todas las especies de aves que se conocian en las diversas provincias, y que formaban el ramo de volatería; otro donde se hallaban las sabrosas frutas de todo el país, figurando entre ellas la piña, la anana, el mamey, el zapote blanco, el negro, el amarillo, el chipo-zapote, la guayaba, la ciruela, el higo chumbo, el chayote, el ahuacate, el capulin de la forma de la cereza, la guanábana, los dátiles, los piñones, y otros mil diversos nombres; mas allá, el sitio de los herbolarios con numerosas y variadas raíces y yerbas medicinales, en que abunda aquel pais rico en producciones; casi á su lado, las que pudiéramos llamar boticas, donde se vendian diversas medicinas, así líquidas como espesas, y abundancia de ungüentos y emplastos; á pocos pasos, las pieles adobadas ó con pelo, de leones, tigres, nutrias, gatos monteses, tejones, ciervos y de otros animales; los vendedores de oro, plata, perlas y piedras preciosas; aquí las telas de algodon de exquisito tejido,

las mantas de nequen, las capas de pluma, los géneros de diversas clases, y el hilo torcido de algodon de varios colores; allí los cañutos de olores de liquidambar, y las resinas aromáticas á corta distancia, la miel de abejas, la cera, los dulces, la melcolcha, el agua miel extraida del maguey, el azúcar hecho de las cañas de maíz, y algunas otras golosinas de sabroso gusto; próximo á estos renglones, los zapateros que hacian sandalias, los que vendian conejos, liebres y venados; los mercaderes de loza, expendiendo platos, tazas, ollas, jarras, vasijas y tinajas de exquisito barro, vidriadas y de colores, y braseros de la misma materia, los traficantes de maíz, de alubias y de chia; los vendedores de pasteles de aves, empanadas de pescado, de tamales y de atole; los mercaderes que vendian colores para los pintores; los comerciantes de algodon y de cacao; los estereros; los vendedores de pescado y de huevos, de leña y de cuanto, en una palabra, podia encontrarse entonces en el mercado de la nacion mas poderosa de América.

No habia leche, ni manteca, porque se carecia de vacas, cabras y cerdos.

Cierto es que no se encontraba en medio de aquella abundancia, ni leche, ni queso, ni nada de los muchos manjares exquisitos que se hacen con ella, ni manteca, porque no habia en el pais vacas, ni cabras, ni cerdos; pero, esos artículos, por la misma razon de que no eran conocidos, no eran tampoco codiciados, por útiles que sean, como alimentos nutritivos y agradables.

En un sitio espacioso y cómodo de la plaza, se veian, de venta, numerosos esclavos de ambos sexos, sueltos unos, y atados otros á unas largas varas y con collares